

enseñanza. Sin embargo, M. de Falloux vaciló mucho antes de aceptar. «Yo quisiera, decía entonces el príncipe, tomar mi punto de apoyo en los conservadores, y puesto que este punto de apoyo me falta, tendré que buscarlo en otra parte. Hoy el partido legitimista (impidiendo á M. Falloux aceptar) levanta su bandera, y mañana el partido orleanista levantará la suya. Yo no puedo quedar en el aire, y voy á pedir á la izquierda el concurso que no me quieren prestar en la derecha. Esta noche veré á M. Julio Favre.» Esta amenaza puso término á las vacilaciones del conde de Falloux. En cuanto al general Changarnier, nombrado por el presidente de la República para el doble mando de la primera división militar y de los guardias nacionales del Sena, aunque esta acumulación de cargos fuese contraria á la ley de 1831, los realistas se complacían en ver en él un futuro Monck y proponíanse emplear todos sus esfuerzos para seducirle y *coronarle de guirnalda*.

Destinado á luchar contra entorpecimientos y dificultades de todo género, Luis Napoleón estaba á punto de oscilar entre los hombres de la derecha y los de la izquierda, como debía hacerlo más tarde entre el papado y la revolución italiana, entre Rusia y Turquía, entre Austria y Prusia. Este sistema de báscula, que le fué tan fatal desde el punto de vista de la política extranjera, debía servir maravillosamente para la realización de sus designios desde el de la política interior. Su madre, muy ambiciosa, si no para ella misma, cuando menos para su raza, á pesar de todas sus protestas de abstracción de las cosas humanas, le había dejado consejos escritos que iban á dirigir sus pasos. La reina Hortensia decía en su programa: «Napoleón, el autor de nuestra celebridad, sin duda agobió á los pueblos bajo el peso de su ambición; pero infundió grandes esperanzas á todos los pobres y asombrosas admiraciones por todas partes.... Cuando aquellos que posean bienes teman por sus ventajas, prometedles garantizarlos. Si el pueblo es el que sufre, hacedle ver que, así como él, estáis oprimido, dándole á entender que no tiene salvación más que por vos; y creed que no os será imposible llegar á ser literalmente un ídolo, algo como el Redentor... Es muy fácil granjearse el afecto del pueblo, porque tiene la sencillez de la infancia. Si cree que se ocupan de él, deja hacer, y solamente se subleva cuando cree en la injusticia y la traición.... No despreciéis á ninguno, sin ceder á nadie; acoged á todo el mundo, incluso los curiosos, los hombres de proyectos y los consejeros, pues todo esto sirve... Sed siempre prudente en todo y por todo, siempre libre, y no os presentéis sino en la hora oportuna.» Observando semejante línea de conducta, aplicando la máxima «dividir para reinar,» y sirviéndose, para alcanzar su objeto, de los hombres más opuestos, de los elementos más contradictorios, es como Luis Napoleón iba á utilizar su calma imperturbable, su tenacidad sorprendente, su experiencia de conspirador, su fuerza de disimulo, su audacia de jugador político y sus facultades de seducción tranquila y dulce.

XXXII

EL ELÍSEO

La residencia del Elíseo evocaba en el ánimo del nuevo presidente de la República ideas á la vez brillantes y siniestras. Este elegante palacio ha tenido los más diversos destinos: edificado en 1718, fué sucesivamente propiedad del conde de Evreux, de la marquesa de Pompadour, de su hermano el marqués de Marigny, del hacendista Beaujón y de la duquesa de Borbón, madre del duque de Enghien. Cuando esta princesa emigró, el Elíseo, convertido en propiedad nacional, fué entregado á varios contratistas, que dieron bailes públicos en los jardines, reservando para los juegos de azar, particularmente la ruleta, el palacio transformado en una especie de casino. Murat le compró en 1803, y cuando fué á ocupar el trono de Nápoles cedióselo al emperador, que se lo regaló á Josefina después del divorcio, permaneciendo en esta morada durante una parte de los Cien Días. Del Elíseo salió para ir á Waterloo, y allí firmó su segunda abdicación. Bajo el reinado de Luis XVIII, el palacio fué residencia del duque y de la duquesa de Berry, desde su casamiento hasta el día en que el príncipe cayó bajo el puñal de Louvel. Uno de los más antiguos recuerdos del presidente de la República era haber visto al emperador, su tío, en el Elíseo. Aquí fué donde se hundió el poderío de Napoleón I; aquí debía constituirse el de Napoleón III.

El 1.º de enero de 1849, á las diez de la mañana, el presidente, vistiendo el uniforme de general de la guardia nacional, y rodeado de los mariscales Moltor, Sebastiani, Bugeaud, Reille y el almirante de Mackau, todos de gran gala, recibió á los funcionarios y al cuerpo diplomático. Manifestó al nuncio la esperanza de ver muy pronto al papa Pío IX repuesto en sus Estados. El 4 de enero fué á instalar al rey Jerónimo como gobernador de los Inválidos, y fué recibido á la entrada del edificio por el general Petit, á quien la despedida de Fontainebleau ha hecho célebre. El 17 comió en casa de M. Falloux, ministro de Instrucción pública, donde figuraron entre los convidados M. Armand Marrast, presidente de la Asamblea nacional; el arzobispo de París, el mariscal Bugeaud, los generales Changarnier, Bedeau y de Lamoriciere; MM. Thiers, Molé, de Noailles, Viennet, Víctor Hugo, Cousin, de Saint-Priest, de Maillé, de Mouchy, Berryer y de la Rochejacquelein. El 29 de enero, Luis Napoleón comió en casa de M. León Faucher, ministro del Interior, con MM. Armand

Marrast, de Remusat, Molé, Berryer, de Montalembert, Mignet, Meyerbeer, de Luynes, Víctor Hugo, Merimée, el mariscal Bugeaud y el general Changarnier. El 16 de febrero dió en el Elíseo un baile al que asistió la sociedad más ecléctica. Entre los individuos de la Asamblea nacional hallábanse MM. Molé, Thiers, Guinard, Flocón, Bixio, Armand Marrast y los generales Cavaignac y Changarnier. El arrabal Saint-Germain había enviado sus más principales damas, y las miradas se fijaban en Mme. de Gramont (madre del duque, ministro de Negocios extranjeros en 1870), con la que el presidente se paseó largo rato por los salones. El diario la *Patrie* dió cuenta del baile en un artículo reproducido por el *Moniteur*, donde se decía: «Esa fiesta, en la cual no ha dejado de reinar la más cordial alegría y á la vez el mejor gusto, producirá sin duda el mejor efecto en el público parisiense, contribuyendo á restablecer la confianza en el comercio y en las clases laboriosas de la población, á las cuales se había desanimado hace largo tiempo, repitiéndose en todos los tonos: «La buena sociedad se va.»

El 24 de febrero, aniversario de la Revolución, el arzobispo de París celebró una misa en la Magdalena, con asistencia del presidente. Me parece verle aún, subiendo los escalones de la iglesia, con su uniforme de general de la guardia nacional, el gran cordón de la Legión de Honor y el sombrero galoneado de plata con un plumero tricolor muy alto. Por la noche se iluminaron los edificios públicos.

Al día siguiente, Luis Napoleón inauguró la sección del camino de hierro de Creil á San Quintín comprendida entre Compiègne y Noyón. En esta última ciudad dijo: «Participo de los deseos del país en cuanto al afianzamiento de la República, y espero que todos los partidos que lo dividieron desde hace cuarenta años hallarán en él un terreno neutral donde podrán darse la mano para la grandeza y prosperidad de Francia.» El mismo día pasó una revista en Compiègne, y el 21 de mayo otra en el campo de Marte, en París, á la cual asistieron cuarenta mil hombres. Después de la revista escribió al general Changarnier: «Con semejantes soldados nuestra joven República se asemejará muy pronto á su hermana mayor, á la de Marengo y de Hohenlinden, si los extranjeros nos obligaran á ello. En el interior, si los anarquistas enarbolasen su bandera, quedarían al punto reducidos á la impotencia por ese ejército, siempre fiel al deber y al honor. Elogiar á las tropas es hacer el elogio del jefe que las manda, y me complace tener esta nueva ocasión de expresaros mis sentimientos particulares de alto aprecio y de amistad.» El acuerdo era entonces completo entre el presidente y el general Changarnier. Ningún conflicto se produjo tampoco entre Luis Napoleón y la Asamblea constituyente, que se disolvió el 27 de mayo de 1849 y fué reemplazada al día siguiente por la Asamblea legislativa.

Esta última se componía de más de setecientos individuos, contándose quinientos conservadores, de los cuales cerca de doscientos pertenecían al partido legitimista, y los demás eran antiguos amigos de la monarquía de Julio. Había



El general Changarnier

unos setenta republicanos moderados y ciento ochenta socialistas. La mayoría no deseaba el régimen republicano; pero tampoco se entendía sobre los proyectos de restauración monárquica. La Asamblea estaba dividida contra sí misma.

Una cuestión irritante entre todas, la cuestión de Roma, separaba á la derecha de la izquierda. Después del asesinato de su ministro M. Rossi, Pío IX, amenazado por la revolución, había conseguido escapar de su capital el 24 de noviembre de 1848 y refugiarse en Gaeta, en territorio napolitano. El 9 de febrero de 1849, una Asamblea constituyente, reunida en Roma, había proclamado la proscripción del poder pontificio y el establecimiento de la República. El 23 de marzo, el ejército piomontés quedó destrozado por los austriacos en Novara; y habiendo abdicado Carlos Alberto, su hijo Víctor Manuel ocupó el trono. El gobierno francés dejó al Austria vencer en Novara, pero quiso impedir que interviniera en Roma. La Asamblea nacional, por una mayoría de 395 votos contra 283, se pronunció en favor del crédito destinado á la expedición romana. Mandada por el general Oudinot, esta expedición desembarcó el 25 de abril en Civita-Vecchia, y habiendo avanzado imprudentemente hasta delante de los muros de Roma, sufrió un descalabro el 30 de abril. Luis Napoleón escribió al general Oudinot en 8 de mayo: «Yo esperaba que los habitantes de Roma, abriendo los ojos á la evidencia, recibirían con afán á un ejército que iba á desempeñar entre ellos una misión benévola y desinteresada; pero no ha sido así. Se ha recibido á nuestros soldados como enemigos; nuestro honor militar está comprometido, y no toleraré que sufra menoscabo. No os faltarán los refuerzos. Decid á vuestros soldados que aprecio su bravura, que participo de sus dolores y que siempre podrán contar con mi apoyo y mi agradecimiento.»

En el fondo Luis Napoleón luchaba entre sus recuerdos de la juventud, favorables al liberalismo italiano, y el interés gubernamental que le impelía á conciliarse el clero y el partido conservador en Francia. Hubiera querido proceder de modo que no se resintieran los republicanos de Roma ni el papado; pero esto era imposible. Se intentó una misión conciliadora, que fué confiada á monsieur Fernando de Lesseps; mas no tuvo buen éxito, y el negociador, acusado de haber favorecido en demasía á la República, fué desautorizado.

Ante las disposiciones manifestadas en París por la mayoría de la Asamblea nacional, aunque Luis Napoleón lo hubiera querido, érale imposible pronunciarse contra la causa del Papa; de modo que la expedición se continuó organizando con extremada energía. De aquí resultó entre los montañeses una exasperación que produjo el movimiento revolucionario del 13 de junio de 1849, el día mismo en que las baterías de brecha del ejército francés rompían el fuego contra los muros de Roma. Numerosos grupos se formaron en la parte de los bulevares que se extiende entre la puerta San Martín y la plaza de la Bastilla; y una columna de quince á veinte mil hombres bajó por los bulevares, engrosando en el camino. El general Changarnier esperó á que la cabeza de esta columna llegase á la iglesia de la Magdalena, y entonces, desembocando por la



El papa Pío IX

calle de la Paz con numerosas fuerzas, dividió la manifestación en dos. Los jefes habían designado como cuartel general de la insurrección el Conservatorio de Artes y Oficios, situado en la calle de San Martín, y allí fué donde M. Ledru-Rollín y otros ciento diez y nueve representantes montañeses de la Asamblea firmaron esta proclama: «Al pueblo francés, á la guardia nacional y al ejército. Se ha violado la Constitución; el pueblo se levanta para defenderla, y la Montaña está en su puesto.»

Sin embargo, la población permanecía indiferente. Las tropas, después de tomar sin dificultad algunas barricadas, penetraron en el Conservatorio, y entonces hubo un «sálvese quien pueda» general entre los diputados montañeses, que huyeron por todas las salidas y hasta por las ventanas. El motín se había dominado sin combate, por decirlo así, y apenas los bulevares quedaron despejados, Luis Napoleón, á caballo, seguido de varios generales y de una escolta de lanceros, recorrió toda la línea de aquéllos, así como el arrabal de San Antonio, para volver al Elíseo por la calle de Rivoli.

En todo el trayecto se le aclamó. Según lo que refiere M. Odilón Barrot, contestó entre serio y risueño al general Changarnier cuando éste le cumplimentó por la jornada. «Sí, general, el día ha sido bueno, muy bueno; pero me habéis hecho pasar demasiado rápidamente por delante de las Tullerías.»

El presidente de la República aprovechó la buena estación para girar visitas oficiales á varias ciudades próximas á París. Las inauguraciones de vías férreas y la distribución de banderas á la guardia nacional le servían de pretexto para estas excursiones, siendo recibido en todas partes como un soberano. En Chartres recordó que San Bernardo había predicado la segunda cruzada en esta ciudad; que Enrique IV fué consagrado en ella; y al evocar este doble recuerdo, brindó por la religión y la concordia. En Amiéns habló del tratado de 1802; en Ham fué á ver la fortaleza el 22 de julio y visitó minuciosamente su antigua prisión, ocupada entonces por el jefe argelino Bu-Maza, á quien perdonó.

La ciudad le ofreció un ramo. «Creedlo, dijo, si he venido á Ham, no es por orgullo, sino por agradecimiento. Tenía empeño en dar gracias á los habitantes de esta ciudad y de los alrededores por todas las muestras de simpatía que no dejaron de prodigarme durante mis desgracias; y hoy que, elegido por toda Francia, he llegado á ser jefe de esta gran nación, no podría glorificarme de una cautividad que tuvo por causa el ataque contra un gobierno constituido. Cuando se ha visto hasta qué punto las revoluciones más justas llevan consigo males sin cuento, apenas se comprende la audacia de haber querido asumir la terrible responsabilidad de un cambio. No me quejo, pues, de haber expiado aquí con una prisión de seis años mi temeridad contra las leyes de mi patria; y en los lugares mismos donde sufrí, me complace proponeros un brindis en honor de los hombres que están resueltos, á pesar de sus convicciones, á respetar las instituciones de su país.»

Algunos días después, Luis Napoleón confirmaba sus ideas personales en una

carta que tuvo mucha resonancia. El ejército francés había entrado en Roma el 3 de julio de 1849, y el poder temporal del Papa quedó restablecido. Pío IX, que aún se hallaba en Gaeta, no volvió á su capital hasta el 12 de abril siguiente; pero envió tres cardenales, que llegados el 31 de julio, gobernaron en su nombre, inaugurando un período de reacción. Entonces fué cuando el presidente es-



Ledru-Rollín

cribió á su ayudante de órdenes, el teniente coronel Edgardo Ney, que formaba parte de la expedición de Roma, una carta célebre fechada el 18 de agosto y reproducida por el *Moniteur* el 7 de septiembre. «Querido Ney, decía el presidente: la República francesa no ha enviado un ejército á Roma para ahogar la libertad italiana, sino muy al contrario para regularla, preservándola de sus propios excesos, y para darle una base sólida, restableciendo en el trono pontificio al príncipe que ha sido el primero en colocarse atrevidamente á la cabeza de todas las reformas útiles. He sabido con sentimiento que las intenciones benévolas del Padre Santo, así como nuestra propia acción, resultan estériles en presen-